

MAR DE AGAETE
Francisco Ramírez Viu
ANAYA, 1999
189 PÁGINAS
ISBN: 84-207-9179-2

(FRAGMENTO)

Al salir de Gáldar su padre se detuvo para preguntar a un hombre por el camino que llevaba a Agaete. Era un señor mayor, con una camisa blanca larga que le llegaba hasta las rodillas y un palillo de dientes en la boca, tan consumido que parecía haber nacido con él.

-Pregunta tú, Ainoa, que te pillas más cerca.

-Perdone, para el Hotel Miramar, por favor -dijo sin perder de vista el palillo que comenzó a agitarse dentro de aquella boca.

-Sí, cómo no. Miren, ¿ven ustedes aquel risco?

Ainoa supuso que el tal risco era el pequeño acantilado que se ofrecía a la izquierda del camino.

-Pues cogen por la carretera ésa, que está llena de papeleras y cardones, y la siguen hasta la mureta de arriba. Allí verán un cruce y una parada de guaguas. Pues a la derecha, como si fueran hacia la montaña, enseguidita se encuentran con el camino del hotel.

Ainoa puso cara de no haber entendido ni media palabra, pero contestó:

-Gracias.

-De nada, mi niña.

El coche comenzó a subir la inclinada carretera llena de curvas.

-¿Pero en qué idioma hablaba este hombre?

-Hija, lo tuyo es grave. Y en parte tenemos la culpa nosotros -dijo su padre.

-Papeleras son esas flores tan bonitas a los lados de la carretera, ¿las ves?

-No soy ciega, papá.

-Ni yo he dicho que lo fueras. Las guaguas son los autobuses. Aquí se llaman así no sé por qué. Lo que no he entendido es lo de la maretá. Pero ya lo averiguaremos.

La maretá resultó ser un pequeño embalse de agua verde, no mucho más grande que una piscina. Las indicaciones eran precisas y llegaron al hotel sin ningún problema, un edificio grande con un amplísimo patio central rebosante de flores. Eso ya era otra cosa. Aquello era hermoso sin duda alguna, igual que sus alrededores. El estilo del edificio también tenía algo de original y distinguido. Parecía una casa colonial, de las que aparecen en las fotos de los libros de geografía cuando se habla de las ciudades árabes en los oasis de algunos desiertos. El apartamento que habían reservado era confortable y amplio. Ainoa tenía una habitación para ella con vistas al mar, una cama con cabecero de madera de pino y hasta una mesa para escribir. Y toda la luz que quisiera, porque parecía que por la ventana entraba hasta el último rayo de sol del planeta.

Se acercó a la ventana y, casi sin fijarse en el mar, bajó el toldo. Después cogió la postal que compró nada más llegar a la isla. La observó primero por delante, despacio. Había una planta en la montaña, medio escondida.

“Debe de ser la única planta de toda la zona”, pensó. Luego la miró por detrás. El espacio reservado para escribir era reducido, así que debía pensar concienzudamente el texto. La postal se la mandaría a Julia, que iba a quedarse en Madrid por lo menos quince días más. No sabía muy bien qué ponerle. La isla le había parecido un desierto, la gente hablaba de una forma muy rara y, por encima de todo, estaba esta maldita humedad que te hacía sentir como en un maratón.

Pensó durante un rato. Dudaba entre contarle la cruda y primera impresión de lo que había visto o hacer algún tipo de apuesta. Le gustaban mucho las apuestas. Se tumbó en la cama mirando al techo. Una cama de sábanas muy limpias, que chirriaba un poco cuando te movías.

“Algo que rompa. Eso es”. Decidió hacer una apuesta por postal.

Querida y afortunada Julia:

Bien, ahora tenía que ser un mensaje claro y atrevido. Se acercó a la ventana. Miró el mar otra vez sin mirarlo, absorta como estaba en sus propios pensamientos. Sin embargo, el ruido de las olas era tan intenso que no tuvo más remedio que fijar en él los ojos. Mantuvo la vista quieta unos segundos y al fin exclamó.

-¡Ya lo tengo!

Acabo de llegar a mi destino. Seco como el mismísimo desierto. ¿Sabes lo que voy a hacer? Cogeré una botella, meteré un papel en ella y la echaré al mar. Pediré a quien la encuentre que me busque en el hotel. Será la última oportunidad que doy al romanticismo.

Leyó lo escrito. Le pareció magnífico, a Julia le encantaría. Ahora tenía que pensar el texto de la carta que metería en la botella, pero esto ya resultaba demasiada información para la postal, así que se despidió rápidamente.

Ya te contaré a la vuelta mi experiencia.

Cuídate. Besos

(...)